

Jesús lava los pies de los discípulos (Juan 13:4-11)

Introducción

Aunque Juan no lo menciona en su evangelio, los otros tres evangelistas recogen la discusión que los discípulos habían tenido unos días antes en el camino a Jerusalén sobre cuál de ellos había de ser considerado el mayor en el reino de Cristo (**Mr 9:33-34**). Por otro lado, en esa misma semana, cuando Jesús fue ungido con un costoso perfume por María en Betania, los discípulos se habían quejado amargamente por lo que ellos consideraban un desperdicio (**Mr 14:3-5**) (**Jn 12:1-5**). Tuvo que ser especialmente doloroso para el Señor contemplar cómo aquellos a los que por tanto tiempo había estado enseñando, seguían llenos de ambiciones mundanas, y no dudaban incluso en menospreciar al Señor cuando otros querían honrarlo.

Y es en este contexto en el que el Señor se dispone a lavar los pies de los discípulos. Por supuesto, esto tenía la intención de ser una lección sobre la humildad y el servicio, tal como explicará más adelante (**Jn 13:12-17**). Y no hay duda de que esta lección práctica habría de calar hondo en sus mentes, y llegarían a sentir vergüenza por su comportamiento.

Pero para nosotros, quizá lo más llamativo sea que frente a la triste exhibición de orgullo por parte de los discípulos, brille con increíble intensidad el amor de Cristo. Como ya hemos visto, el suyo no era un amor que surgiera de la ignorancia, sino que partía del conocimiento pleno y exacto que el Señor tenía de cómo eran aquellos hombres. Pero aun así, sus defectos y motivaciones egoístas no lograron apagar el amor del Señor por ellos.

No obstante, hay mucho más significado en la acción del Señor. Especialmente en esta primera parte veremos al Señor mostrándoles a sus discípulos la necesidad de ser lavados espiritualmente por él. Pero vayamos por partes...

El Señor se levanta de la cena y lava lo pies de los discípulos

(Jn 13:4-5) “Jesús se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ceñió. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido.”

El texto nos dice que la cena ya había comenzado, sin embargo, nadie había tomado la iniciativa de lavar los pies de los otros previamente. No olvidemos que en aquellas tierras el uso de sandalias abiertas hacía necesario lavarse los pies con frecuencia. Lo normal sería que al llegar a una casa, algún siervo del hospedador lavase los pies de los invitados. Eso sería considerado como un símbolo de buena hospitalidad (**Lc 7:44**). Pero aquel aposento alto donde Jesús y sus apóstoles estaban reunidos era un lugar prestado para la ocasión, y aunque allí estaba el agua, el lebrillo y la toalla, no había nadie para realizar ese servicio, de tal manera que debería haber sido alguno de ellos quien lo

hiciera. Pero el hecho fue que todos se sentaron a la mesa sin prestar atención a este asunto.

¿Por qué ninguno de los discípulos se ofreció para llevar a cabo ese servicio? Recordemos que en aquellos momentos discutían cuál de ellos debía ser considerado como el mayor (**Lc 22:24**). Por lo que parece, todos eran demasiado orgullosos para realizar esa humilde tarea de servicio, y eso a pesar de las exhortaciones del Señor, quien les había dicho que quien quisiera ser el mayor entre ellos debería ser el siervo de todos (**Mt 23:11**).

Así pues, aunque el lavado de los pies se realizaba normalmente antes de que comenzara la cena, puesto que nadie se había ofrecido a hacerlo, el Señor mismo se levantó de la cena y se dispuso a lavar los pies de los discípulos.

El evangelista describe entonces con sorprendente minuciosidad cada uno de los detalles de la acción: *“Se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido”*. Es evidente que quien relata todo esto fue un testigo ocular de los hechos, y se aprecia también que la escena le había causado una impresión indeleble en su mente. No era para menos, si tenemos en cuenta que quien estaba haciendo todo eso era el mismo Hijo de Dios, aquel a quien *“el Padre le había dado todas las cosas en sus manos”*.

A nosotros, en este momento, no debería sorprendernos lo que él hizo. Al fin y al cabo, esta no era la primera vez que el Señor asumía la posición de Siervo. Si lo pensamos bien, las acciones de Cristo descritas en estos versículos representan también lo que él hizo cuando dejó su trono en el cielo y vino a esta tierra para servirnos. El apóstol Pablo lo describió con increíble exactitud en su epístola a los Filipenses:

(Fil 2:5-8) *“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”*

Cristo asumió la *“forma de siervo”*, aquella posición en la que siglos antes el profeta Isaías había descrito al Mesías (**Is 53:11**). Pero del mismo modo que Cristo se volvió a sentar a la mesa una vez que concluyó su servicio de lavar a los discípulos, también regresó al cielo para sentarse en el trono del que había descendido. Si seguimos leyendo el texto del apóstol Pablo veremos su victoria sobre la muerte y su ascensión a la gloria para sentarse a la diestra del Padre:

(Fil 2:9-11) *“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”*

En todo caso, la escena que tenemos delante es asombrosa: el Hijo de Dios sirviendo a los hombres, tal como ya lo había anunciado con anterioridad: *“Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”* (**Jn 5:17**). Este trabajo o servicio de Dios a favor del hombre tiene como objetivo su restauración, y surge del amor divino hacia los hombres perdidos.

Pedro se niega a que Jesús le lave los pies

(Jn 13:6-8) “Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tu no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.”

1. La actitud de Pedro

No sabemos si Pedro fue el primero de los apóstoles a los que el Señor lavó los pies, pero como no podía ser de otra manera, sí que fue el primero en decir algo. Quizá otros se habían mantenido en silencio, perplejos, y quizá también avergonzados por el hecho de que Jesús estuviera haciendo por ellos lo que ellos deberían estar haciendo por él y por los otros apóstoles.

En todo caso, cuando Pedro se quejó porque el Señor quería lavarle los pies, es evidente que estaba actuando de manera coherente. ¿Cómo podía permitir que aquel a quien había confesado como “*el Cristo, el Hijo del Dios viviente*” (Mt 16:16), se arrojara a sus sucios pies para lavarlos? Para un judío, la idea de un Mesías humillado, era inadmisibles, así que Pedro, de acuerdo a su carácter impulsivo, con más amor que conocimiento, exclamó: “*No me lavarás los pies jamás*”.

Una vez más nos resulta fácil identificarnos con Pedro en estos momentos. No podemos dudar que Pedro actuó movido por el gran respeto que tenía hacia su Maestro, pero lo hizo contraviniendo sus deseos. Lamentablemente, esta misma es nuestra experiencia tantas veces: queremos hacer muchas cosas para el Señor, pero no escuchamos lo que nos dice.

2. La respuesta del Señor

En este punto es interesante notar que Jesús no se extraña de la incomprensión de Pedro, y por eso le dice: “*Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después*”. Ahora bien, ¿por qué no lo podía entender todavía?

Lo que el Señor estaba haciendo era mucho más que darles un ejemplo de servicio. Tal como les va a explicar a continuación, con el acto de lavar sus pies estaba simbolizando o apuntando al servicio supremo que en muy pocas horas iba a consumir en la Cruz, cuando por medio de su muerte traería limpieza y perdón para la humanidad. Por esa razón, Pedro no llegaría a una comprensión completa del significado de lo que el Señor hacía en esos momentos hasta después de su crucifixión, resurrección y descenso del Espíritu Santo.

Pensando en las palabras del Señor a Pedro debemos admitir que en nuestro propio caso también hay muchas ocasiones en las que aun teniendo un auténtico deseo de servir al Señor, nos falta el discernimiento para entender lo que Dios hace y permite en nuestras vidas. No logramos ver la conveniencia o la necesidad de muchas cosas que nos ocurren. Y es en esos momentos cuando debemos recordar las palabras del Señor a Pedro: “*Lo que yo hago, tu no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después*”. Nuestra confianza debe permanecer inamovible en Dios aunque no logremos comprender sus planes, estando seguros de que él no se equivoca.

3. “*Si no te lavare, no tendrás parte conmigo*”

En este momento el Señor dijo algo que tuvo que sorprender mucho a Pedro: “*Si no te lavare, no tendrás parte conmigo*”. Con esto mostraba la importancia de lo que el Señor estaba haciendo.

Como veremos inmediatamente en la respuesta de Pedro, él seguía sin comprender el profundo sentido de las palabras de Cristo. No veía que aunque el Señor sólo estaba lavando sus pies, todo ello era un símbolo de la necesidad de limpieza espiritual que todos los seres humanos pecadores tenemos. Esa limpieza la conseguiría Cristo por medio de su muerte en la Cruz ocupando el lugar de los pecadores.

Y desde esta perspectiva, las palabras de Cristo adquieren un nuevo valor que no podemos ignorar.

- Se resalta el hecho de que no podemos limpiarnos a nosotros mismos, sino que necesitamos que sea Cristo quien nos lave. Tenemos que ser lavados, santificados y justificados en el nombre del Señor Jesús (**1 Co 6:11**).
- Por otro lado, aunque hay muchas personas que admiran a Cristo por su enseñanza o sus milagros, no se puede llegar a tener una auténtica relación espiritual con él si previamente no dejamos que nos lave de nuestros pecados.

Habiendo dicho todo esto, es necesario aclarar que el Señor no estaba haciendo aquí una referencia al bautismo cristiano. Cuando intentaba lavar los pies de Pedro, no estaba realizando un bautismo para la limpieza de sus pecados, ni tampoco estaba estableciendo aquí el símbolo del bautismo cristiano. Todas estas cosas escapan claramente al propósito y sentido de este pasaje.

La diferencia entre una limpieza parcial y total

(Jn 13:9-10) “Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos.”

1. La respuesta de Pedro

Pedro, horrorizado por la idea de ser excluido de la comunión con Jesús, cambia radicalmente de actitud: “Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza”.

No hay duda de que el apóstol Pedro queda perfectamente caracterizado en todos los evangelios como un hombre que fácilmente va de un extremo al otro. Lo encontramos andando sobre el mar en tempestad y momentos después gritando “¡Señor, sálvame!” (**Mt 14:28-30**). Puede hacer una gloriosa confesión reconociendo a Jesús como “el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (**Mt 16:16**) y acto seguido enfrentarse con el Señor porque no le gustaba lo que estaba diciendo (**Mt 16:22**). Lo encontramos prometiendo al Señor que le seguiría hasta la muerte y unas horas después negando que fuera su discípulo (**Jn 13:37**) (**Jn 18:17,25-27**). Y ahora vemos que tan pronto se opone a que el Señor le lave los pies, como que se apresura a suplicarle que le lave todo el cuerpo. Este tipo de carácter precipitado, irreflexivo e impulsivo, difícilmente puede honrar a Dios. Pedro tuvo que aprender, y nosotros también tendremos que hacerlo.

2. Una limpieza parcial y otra completa

Antes hemos considerado la necesidad de ser limpiados de nuestros pecados a fin de poder tener comunión con el Señor y ser útiles en su Obra. Ahora tenemos que meditar acerca de cómo se consigue esa imprescindible limpieza. En este sentido el Antiguo Testamento tiene algunas cosas importantes que enseñarnos. Por ejemplo, en el Tabernáculo encontramos que antes de que los sacerdotes pudieran entrar al lugar santo para tener comunión con Dios, era necesario que previamente atravesaran el atrio en el que había dos muebles que tenían que ver con su limpieza. En primer lugar se encontraba el altar del holocausto donde se sacrificaban las ofrendas de sangre por el

pecado. Ese mueble nos habla de limpieza por sangre, y claramente simboliza la obra de Cristo en la Cruz. Todos recordamos las palabras de Juan: *“la sangre de Jesucristo, su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Jn 1:7) (He 9:14)*. Pero a continuación se encontraba el lavacro, una gran fuente de agua que nos habla de un segundo tipo de limpieza por agua.

Ahora bien, esta limpieza por agua implicaba a su vez dos tipos de lavamientos a los que los sacerdotes tendrían que someterse, y que son los mismos acerca de los que el Señor enseñó aquí. Por un lado había un lavamiento completo del cuerpo entero, pero también eran necesarios constantes lavamientos de pies y manos.

Para entenderlo mejor debemos volver al Tabernáculo y fijarnos en el lavacro, aquella fuente que se mantenía siempre llena de agua limpia. Allí eran completamente lavados los sacerdotes cuando eran consagrados para desempeñar su ministerio en el tabernáculo **(Ex 29:4)**. Ese lavamiento completo se producía una sola vez en su vida, pero después se tendrían que seguir lavando constantemente en aquella fuente cada vez que fueran a prestar sus servicios en el tabernáculo **(Ex 30:17-21)**. A diferencia del primer lavamiento que era completo y único, estos serían parciales y se tendrían que repetir constantemente.

El lavamiento completo hace referencia al momento en que nacimos de nuevo y fuimos regenerados por el Espíritu Santo. El apóstol Pablo trata de él en su carta a Tito.

(Tit 3:5) “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo.”

Este lavamiento inicial implica dos cosas: la limpieza de nuestros pecados y la implantación de una nueva vida por el Espíritu Santo de Dios. Esto había sido anunciado también en el Antiguo Testamento:

(Ez 36:25-27) “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.”

El Señor se refirió a esta limpieza inicial cuando les dijo a sus apóstoles: *“El que está lavado... está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos” (Jn 13:10)*. Son palabras asombrosas que no las creeríamos si no hubieran sido dichas por el mismo Señor Jesucristo. A los ojos de Dios, todo aquel que ha creído en Cristo, está completamente limpio. Y notemos que no es algo que ocurrirá en el futuro, sino que ya es un hecho en el presente: *“Limpios estáis”*.

Ahora bien, todos sabemos por experiencia que es imposible pasar por este mundo lleno de suciedad moral sin mancharnos. Con frecuencia tropezamos y caemos, lo que hace necesaria nuevamente nuestra limpieza, pero en ese caso, ya no debemos volver a lavarnos completamente, sino que únicamente necesitamos ser limpiarnos de aquella contaminación que contraemos en nuestro paso por este mundo pecador. Nuestros pies se ensucian con facilidad al atravesar las calles polvorientas del mundo y necesitamos acercarnos a Dios por medio de su Hijo Jesucristo para ser perdonados **(1 Jn 2:1)**. Es fácil adquirir esa contaminación al contemplar cosas impías, al trabajar con personas que no tienen temor de Dios en sus corazones, al participar en alguna de sus conversaciones, al caer en una tentación...

Los cristianos debemos lavarnos constantemente los pies.

(2 Co 7:1) *“Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.”*

¿Cómo debemos practicar esta limpieza constante? Bueno, algunos parecen pensar que es necesario ir de vez en cuando a la iglesia para una “puesta a punto”, pero eso es inútil. En primer lugar debemos poner los medios para no pecar. El apóstol Pedro nos dice en su primera epístola que *“habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad” (1 P 1:22-23)*, en una clara referencia al primer lavamiento, sigue diciendo que después: *“Desechando, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 P 2:1-2)*. En cuanto a esta *“leche espiritual”* que debemos desear, vemos por el contexto inmediatamente anterior que se refiere a *“la palabra de Dios”*. Por lo tanto, podemos decir que la mejor forma de evitar caer en el pecado y ensuciarnos nuevamente, es mediante la lectura continuada de la Palabra, dejando que ella nos vaya moldeando conforme a la imagen de Cristo. Este poder purificador de la Palabra aparece en varias ocasiones en las Escrituras (**Jn 15:3**) (**Ef 5:25-26**).

Pero, ¿qué hacer cuando un creyente peca? La primera cosa que se debe hacer sin dilación alguna es confesar nuestro pecado (**1 Jn 1:9**), teniendo la plena confianza de que Dios nos va a perdonar. El mismo Señor nos enseñó a orar de esta manera: *“perdónanos nuestras deudas” (Mt 6:12)*.

Si no confesamos nuestros pecados, no quedaremos limpios para seguir adelante en los caminos del Señor. Recordemos la seriedad con la que el Señor habló a Pedro cuando éste se oponía a que le lavara los pies: *“Si no te lavare no tendrás parte conmigo” (Jn 13:8)*.

Por lo tanto, es necesario que constantemente nos examinemos a nosotros mismos, porque de otro modo, será el Señor mismo quien lo haga por medio de la disciplina (**1 Co 11:31**). El Señor quiere tener una comunión continuada con sus hijos, y hará lo necesario para limpiarnos de cualquier maldad. Por lo tanto, como vemos, el que ya estemos limpios a los ojos de Dios no es una invitación a vivir vidas descuidadas y pecaminosas.

Cuando se habla del pecado en los creyentes surge con frecuencia la pregunta acerca de si la salvación se puede perder. Muchas veces los nuevos creyentes quedan frustrados cuando pecan. Otros se desaniman cuando en sus luchas con pecados concretos no consiguen la victoria definitiva que desearían. ¿Quiere esto decir que han perdido su salvación? Para contestar correctamente esta pregunta debemos volver a leer con atención la afirmación que el Señor Jesucristo hizo: *“el que está lavado no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio” (Jn 13:10)*. La conclusión es que los creyentes no pierden la salvación al pecar, pero sí que rompen su comunión con Cristo temporalmente.

Por lo tanto, podríamos decir que el primer lavamiento completo está relacionado con la regeneración inicial que el Espíritu Santo opera en nosotros en el nuevo nacimiento, mientras que los constantes lavamientos diarios tienen que ver con nuestra santificación, operada igualmente por el Espíritu en el día a día de nuestras vidas aquí. Esta labor tiene como finalidad formar en nosotros el carácter de Cristo y así hacernos aptos para su servicio.

En este punto es importante advertir sobre dos errores igualmente graves.

- Por un lado hay creyentes que habiendo experimentado el lavamiento inicial de la regeneración, luego se olvidan de la necesidad de lavarse constantemente los pies.

Por supuesto, esta actitud desagrada al Señor e impide el progreso en la vida cristiana.

- Pero por otro lado están aquellos que sin haber sido regenerados previamente intentan lavarse los pies. Este es el típico caso de aquellos religiosos que sin haber llegado a nacer de nuevo se esfuerzan en hacer buenas obras a fin de agradar a Dios. Pero todo esto no sirve de nada. Por ejemplo, en este pasaje nos encontramos con Judas, a quien el Señor lavó los pies, pero que al no haber experimentado el primer lavamiento, no logró cambiar su corazón, y como más adelante indica el mismo Señor, seguía sin estar limpio. Sobre este punto el apóstol contó una fábula de la Grecia antigua: “La cerda que se tomó un baño” (**2 P 2:17-22**). La idea es que la naturaleza de una puerca le lleva a revolcarse en el cieno, y la solución para eso no es lavarla, porque nada más que pueda volverá a ensuciarse; lo realmente necesario sería cambiar su naturaleza, y es en eso precisamente en lo que consiste el lavamiento completo del que el Señor habla aquí.

Es triste, pero hay muchas personas que caen en este segundo error. Imitan a los cristianos sin serlo; van a la iglesia, cantan, oran, ofrendan, se bautizan... y creen que haciendo estas cosas pueden llegar a ser cristianos, pero esas pequeñas reformas exteriores no tienen nada que ver con la regeneración interior que aquí se nos indica.

3. “Estáis limpios”

Pensando en esta afirmación nos preguntamos: ¿qué era lo que había purificado realmente a los discípulos? La verdad es que aquí no se nos dice, pero sabemos que se relaciona directamente con la obra de Cristo en la Cruz (**1 Jn 1:7**), de la que nos apropiamos por medio de la fe (**Hch 15:9**). Y aunque es verdad que el Señor todavía no había muerto en la Cruz, sin embargo, desde la perspectiva divina, él era el “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (**Ap 13:8**).

“Aunque no todos estáis limpios”

(Jn 13:10-11) “Vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos.”

Aquí el Señor se refiere nuevamente a Judas. Él no se había dejado alcanzar por la Palabra de Dios ni había querido ser limpiado por el Señor.

Quizás esta alusión velada del Señor a Judas en este momento tenía el propósito de mostrarle que sabía perfectamente lo que había en su corazón, y que aun así, intentaba rescatarlo del hoyo profundo en el que se estaba introduciendo.

Por otro lado, se manifiesta también que Judas no fue un creyente que perdió su salvación, puesto que tal como afirmó el Señor, este apóstol nunca había llegado a ser un auténtico creyente. Y debemos tener esto en cuenta, porque también nosotros conocemos a personas que por un tiempo asisten a la iglesia y se muestran muy animados, pero después se van o niegan el evangelio. Si valoramos estas experiencias por nuestra percepción limitada de las cosas, fácilmente podríamos llegar a la conclusión de que perdieron la salvación, pero en el caso similar de Judas el Señor nos dice aquí que no fue así.